

EL PLACER HUMANO DE LOS “DIOSES” (Sexo y misticismo)

Ignacio Darnaude, en la última Asamblea temática del Círculo Sierpes celebrada el pasado sábado 19-9-2009, aludió a que hay seres inmateriales e invisibles que desean gozar de los placeres carnales de los humanos y para ello se adhieren a personas predispuestas o sensibles a sus llamadas.

Durante mi intervención para comentar sus palabras, le di la razón a esa idea, y ante la imposibilidad de dar entonces más detalles por la falta de tiempo que teníamos, se hace necesario ampliar tan sugestivo asunto.

En las mitologías algunos dioses se convierten o metamorfosean en seres mortales para poseer a quienes desean. Por ejemplo Zeus se transforma en toro para unirse a Europa, quien era una mujer fenicia de Tiro que terminaría dando nombre al continente europeo. El toro actúa así de intermediario en la obtención del placer perseguido por el rey de los dioses. Algo parecido sucede con la princesa Leda, a quien Zeus violaría tras convertirse en cisne



Estos dos ejemplos nos hablan de cómo los dioses se valen de estrategias para sentir placeres. Tales estrategias son muy variadas. Los místicos, presentes en todas las culturas del planeta tierra, nos relatan experiencias vividas con entes que se introducen en sus vidas y de ellas aspiran placeres terrenales.

*¡Cuán manso y amoroso
recuerdas en mi seno,
donde secretamente solo moras
y en tu aspirar sabroso,
de bien y gloria lleno,
cuán delicadamente me enamoras!* (S. Juan de la Cruz)

Francisco J. Rubia, en su magnífica obra *El cerebro engaña*, que recomiendo leer a todos los miembros del Círculo Sierpes, escribe sobre las experiencias místicas.

“En todas las culturas y religiones ha habido personas que, con determinadas técnicas, de forma espontánea a causa de algún suceso extraordinario, han accedido a alguna parte de la consciencia o a un determinado tipo de consciencia, en la que el sujeto tiene la sensación de estar en contacto con la numinosidad. A estos sujetos se les ha denominado «místicos» y sus experiencias fueron muy similares, no importa en qué lugar o cultura y bajo qué condiciones se produjeran.

A este fenómeno místico se le han dado innumerables denominaciones, tales como «satori» en el budismo zen, «samadhi» en el yoga, «nirvana» en sánscrito, «luminosidad» en el Libro Tibetano de los Muertos, «despertar» en el budismo, eso en el hinduismo, «tao absoluto» en el taoísmo; y en Occidente, «espíritu divino» en Plotino, «estado gozoso de gravedad sobresaliente» en Philo Judeaus, «luz que sobrepasa el entendimiento» en San

Pablo, «llama viva» en San Juan de la Cruz, «éxtasis» en Santa Teresa, etcétera.

Aunque se dice que este estado es inefable, existen muchos informes sobre lo que subjetivamente sintieron estas personas, informes que son muy parecidos unos a otros. Así que se puede concluir que no importa si es en la India o en la selva del Amazonas, si es un místico español o un chamán tunguso de Siberia, si es Lao Tse o William Blake, todos se están refiriendo, probablemente, a la actividad de una parte del cerebro que genera esa sensación oceánica de unión con la naturaleza, con la numinosidad, con la energía cósmica.

Aunque este estado puede alcanzarse por distintas vías según cuál sea la tradición religiosa, siempre y en todo lugar se acompaña de un sentido elevado de liberación, de alegría inefable y paz. Se trata de una experiencia de unión entre el sujeto y su objeto divino, unión mística que se considera el estado supremo de esta experiencia. La máxima aspiración en esta unión es alcanzar la superación de todo tipo de dualismo, y dentro de esta superación, probablemente la más anhelada es la abolición del tiempo.

Para Eugene d' Aquili se trataría de impedir que la función del «operador binario», que algunos autores localizan en el lóbulo parietal del hemisferio dominante y que sería responsable de la visión dualista del mundo, bloquee el acceso a la numinosidad. Ésta estaría, quizás, ligada a la actividad del hemisferio no dominante. Como sabemos, también el tiempo es un atributo de la función del hemisferio dominante, considerado como responsable de la visión secuencial, temporal, del mundo. Y la abolición de esta función es la meta más anhelada en la experiencia mística, como acabamos de decir.

Para Mircea Eliade, la experiencia mística es una experiencia de la fusión de la eternidad con un instante. La «eternidad» significaría la infinitud del tiempo aprehendido en un instante infinitamente corto de iluminación: esta característica explicita la atemporalidad en un estado de consciencia en el que las nociones de «antes» y «después» no tienen sentido.

Es interesante señalar que enfermos con lesiones en la región inferior del lóbulo parietal del hemisferio izquierdo, estudiados por Luria, neuropsicólogo ruso, perdían la noción de los opuestos como «delante» y «detrás», «antes» y «después», «arriba» y «abajo», etcétera.

Otra de las características de esta unión mística sería la disolución del sentido del yo, sin pérdida de las facultades sensoriales ordinarias. La dicotomía entre sujeto y objeto, al desaparecer el yo, también desaparece, dejando paso a una sensación de unión con la naturaleza y el mundo, la sensación de la participación mística con el mundo, que no es algo ajeno al sujeto, sino que forma parte, al igual que el sujeto, del Todo. Quien vive esta experiencia se siente totalmente inmerso en un universo natural sagrado. La integración o unidad de todas las cosas parece ser una característica fundamental del estado supremo de la experiencia mística. Es lo que también se ha llamado Unidad/Totalidad para caracterizar el estado predualista en mitos cosmogónicos. Las cosas se perciben fenomenológicamente como diferentes unas de otras, pero estas diferencias aparecen como ilusorias. Sería como una vuelta al pensamiento «primitivo» que tratamos en otro lugar.

Es posible que el yo que conocemos, el que analiza el mundo exterior y lo descompone en partes cada vez más pequeñas, nada tenga que ver con ese otro yo que es el que se sumerge en la eternidad para fundirse con ella en la experiencia mística. Es más, no es ya un yo, tal y como solemos concebirlo, alguien separado del mundo, enfrentado a él.

La Unidad/Totalidad en el misticismo hindú se denomina Brahma, y en el misticismo egipcio, judío, musulmán y cristiano es Dios mismo. En el éxtasis del yoga, en el samadhi, el yogui trasciende los opuestos, une el vacío y la superabundancia, la vida y la muerte, el ser y el no ser. Parece como si se volviese a un estado anterior, más arcaico, del propio ser, al estado de beatitud o bienaventuranza que siempre se ha descrito como característico del paraíso.

Esta superación del dualismo se expresa incluso en el lenguaje de algunos místicos, como, por ejemplo, cuando San Juan de la Cruz habla de «cauterio suave», o de «llaga delicada», «soledad sonora», etcétera. El propio lenguaje para explicar este fenómeno supera las antinomias que le son comunes. Lo mismo ocurre en la poesía, donde pueden darse conceptos contradictorios en un mismo contexto, como los ejemplos ya citados en otro lugar de las expresiones «dulce desconsuelo» o «placer triste».

En el hinduismo, la unión de atman (el alma individual) con brahma abole la dualidad. El budismo describe este estado como nirvana, un estado atemporal que es «no nacido, no hecho, no devenido y no compuesto» y que, por tanto, es unificador y unificado. Mircea Eliade lo define como la esencia de lo que no es lógico y descriptible, que tiene que ser realizada por una absoluta falta de deseos, la completa extinción de todas las preocupaciones y placeres, el desapego de la simpatía y antipatía, la disolución de los procesos mundanos, el grado más alto posible de autocontrol y una sabiduría supraintelectual, insondable para la comprensión ordinaria.

Los fenómenos místicos suelen acompañarse de otros fenómenos no menos extraños, como son las visiones, las audiciones, la levitación, la estigmatización y muchos otros. En nuestro mundo científico de hoy, estos fenómenos, cuando se producen, hacen que enviemos a la persona que los padece al psiquiatra, pero en otros tiempos, en los que la numinosidad imbuía casi toda la vida del ser humano, estos fenómenos eran considerados expresiones de los dioses o los demonios. Innumerables vidas de santos están plagadas de tales fenómenos, algunos de ellos incluso sirvieron posteriormente para elevar a estas personas a los altares. Pero, por desgracia, también para llevarlas a la hoguera”.

Podría discutirse si los místicos, sólo experimentan sensaciones espirituales ajenas a placeres humanos, pero hay autores, entre ellos los participantes en el *XIII Encuentro Internacional de Escritores en Monterrey (México) en el relativo a Religiosidad, sexo y misticismo*, que ven desahogos carnales en los textos apasionados que narran encuentros de dos seres que se funden en un todo. Se trata de una experiencia de unión entre el sujeto y su objeto divino que luego se disfraza literariamente en versos para escapar de persecuciones religiosas o rechazos sociales. Así lo sugiere Octavio Paz

"la poesía no es un género moderno, su naturaleza profunda es hostil o indiferente a los dogmas de la modernidad: el progreso y la sobrevaloración del futuro (...) La poesía, cualquiera que sea el contenido manifiesto del poema, es siempre una transgresión a la racionalidad y a la moralidad de la sociedad burguesa”.

Otros muchos ejemplos de la relación del sexo con el misticismo podríamos encontrar en diversas fuentes, pero la experiencia vivida por mí en 1987, me enseñó que cuando los dioses quieren valerse de alguien para unirse en todos los sentidos, llegan a introducirse en nuestra vida y se hacen partícipes de ella al añorar ellos vivencias sentidas en los tiempos en que armoniosamente convivían con humanos y que ya no pueden sentir por encontrarse en otra dimensión. Fruto de esa experiencia fue mi libro de poemas titulado *Instrumento del Ayer*, publicado en 1989 por el grupo poético Barro en su colección *Vasija*.



Recuerdo que cuando escribía este libro me despertaba en las madrugadas preso de un imperioso impulso que me hacía coger papel y bolígrafo y tras levantarme de la cama me dejaba llevar sin pensar en el texto, estando así en una especie de trance capaz de mover inconcientemente mi mano y mi cerebro, haciendo de esta forma buena la celebre frase: “Los poetas son amanuenses de los dioses”. La idea de escribirlo había partido de un libro anterior, *Los Idus de Munda*, publicado en 1984, donde un poeta amante declaraba la imposibilidad de obtener el amor total de Munda (la tierra amada), porque ésta ya era amante declarada del dios del mar, Poseidón, que la cubrió y la enamoró, en el Mioceno. Ese dios, es precisamente el que habla en *Instrumento del Ayer*, y el poeta que recibe sus mensajes se deja llevar porque cree que, a través de él, puede conseguir los favores de Munda, fundiéndose con ese fin con Poseidón y éste abiertamente le declara su intención de utilizarlo para

sentir placeres terrenales. También recuerdo que una vez terminado aquella especie de trance, sentía una imperiosa necesidad de gozar y volvía a la cama para satisfacer ese calentamiento que todos hemos experimentado cuando nuestro cuerpo nos pide sexo. En esa época, yo escribía a diario pasajes de mi novela *LA ANDALUCIADA*, donde sus personajes son dioses, ninfas, faunos y seres mitológicos. Por eso quizá estaba muy predispuesto a recibir mensajes llegados de otras dimensiones

Estos son algunos poemas de *Instrumento del Ayer*:

Poema XI, pg.35

Si supieras cuál es mi mensaje,
si vieras en tus ojos un átomo de verdad,
quizás serías feliz eternamente.
Pero hoy, en esta madrugada,
no quiero despertar falsos anhelos.
Debemos andar tanto, por sendas del amor,
que una noche no es nada para agotar la palabra.
Necesitarás años para saber quien soy.
Luego morirás y yo contigo.
La tierra será nuestra común amante
y le daremos placer con nuestros huesos
etéreos, volátiles como el tiempo.
Ya todo camina hacia el día indefinible.
Tu eres mi instrumento, mi brazo ejecutor.
Serás premiado con laureles,
pero antes se marchitarán tus células
como rosas cansadas de vivir.
En mis Elíseos de triple cosecha,
sembraré tus ideales más puros
y cuando florezcas en pétalos celestes,
iré a ti, convertido en abeja de oro,
para gustar tu dulcísimo néctar
mientras te desvelo mi mensaje eterno.

¡Si supieras
cuantos secretos guardan tus lares!
Miles de besos di a estas colinas.
En ellas gocé bajo cielos preñados de luz.
Tú naciste entre colinas. Y te amo.
Eres mi elegido.
Habla de mí a los mortales.
Díles quien soy aunque no sepas mi nombre.
¡Qué importa el nombre si sabes que existo!
Explícales mi predilección por ti.
Lo demás lo sabrán
cuando hablen tus suaves colinas.

Cuando Atenea me disputó la ciudad.
Ella ganó ofreciendo el olivo
y yo perdí Atenas para siempre.
Sin embargo Munda me dio su amor.
Aquí di hijos al Universo.
Civilizaciones enteras oyeron mi palabra.
Fui tu padre adoptivo.
Después volví al mar
a entregarme a mis recuerdos.
A veces regreso, amo, y me voy.
Mi legítima esposa yace aquí bajo colinas.
Yo necesito esta brisa mundense como arma,
con ella jamás seré vencido.

Las flores donde nos posamos para descansar,
de este largo camino hacia el Ayer,
huelen demasiado a muerto.
Quizás si abrieras la ventana entraría más primavera.
De momento quedémonos aquí, en esta flor,
con la madrugada auestas, entre silencios.
Es mejor así: Ya estás marchito de versos.
Vete a soñar con mi palacio sumergido.
Verás jardines de algas,
caracolas de donde brota la luz,
fuentes de oro líquido,
planteles de nácar con hojas de turquesa,
coralinas paredes repletas de diamantes,
peces rarísimos y ninfas por doquier.
Todo, todo eso será tuyo esta noche,
mientras juntos gozamos del amor.

Mientras en sueños te llevo hacia el placer,
el aire huele a mar,
la ciudad es mar callado,
de mares se sustentan los silencios.
Estos engañosos campos desean atraerte
con cantos de quimeras.
No escuches su mensaje,
no llores por ellos, no gimas,
Navega siempre por tu mar interior.
Báñate poeta, báñate en la sensual bruma
con que cubro tu sueño: ¡goza, goza, goza!
Nausicas celestes esperan tu llegada,
para conducirte al palacio que ansías.
Allí encontrarás al rico Alcinoos
que ordenará a sus feacios traerte
de nuevo a tu isla, junto a la que amas.
Después guiaré tu balsa del recuerdo
hasta el mar donde escribas las aventuras
vividas conmigo.
Y tus escritos posarán en mis anales.